

un “grupito conspirador y disolvente”, “pústula”, “granos purulentos”, “sustancias mórbidas y extrañas”, “gangrena”, “histriones y mentecatos que forman en todas partes la resaca de la política burguesa”, acusaciones de infiltración de los disidentes por la policía...), para identificar algunos de los tópicos más recurrentes que han acompañado (y racionalizado) los conflictos intestinos de ésta y de muchas otras organizaciones de izquierda, más allá de la vigencia temporal (acotada) del discurso higienista. Acaso ello sugiere la necesidad de una mirada más atenta también a las componentes estructurales e institucionales de “larga duración” de la lucha política en el seno de las izquierdas.

Por último, a pesar de la contribución del volumen que comentamos, subsiste, creo, la falta de nuevas indagaciones y reflexiones acerca del desemboque final del conflicto en la constitución del PSI, desemboque que no debería naturalizarse. Campione analiza acertadamente la sagacidad (e implacabilidad) con que la dirección justista del PS neutraliza a la disidencia “internacionalista” y desactiva los espacios donde gozaba de mayor influencia —el sindical y el juvenil—, hasta lograr su expulsión, al tiempo que sostiene que “para los internacionalistas quedó claro, a su vez, por el desarrollo y resultado de la crisis partidaria, que para seguir planteando un programa revolucionario, realizar un trabajo político dirigido al movimiento obrero, y dotar de visibilidad pública a esas ideas, se requería un nuevo partido” (p. 55). Ello no clausura interrogantes acerca del carácter eventualmente “prematureo” de la ruptura, no en el sentido de que ésta fuera necesariamente “evitable” —posibilidad más bien remota, habida cuenta de la violencia del debate interno que Campione reconstruye—, sino de que, como sugerimos en otro lugar, acaso condujo a una “fundación institucional débil, cuya legitimidad depende excesivamente de un proceso exterior y lejano, por más intenso que fuese su influjo, como el proceso revolucionario ruso”.⁸

8 “La historiografía sobre el Partido Comunista de la Argentina: un estado de la cuestión”, cit., p. 37. Allí se recuerda un dato llamativo sobre este punto (extraído del propio **Esbozo**): en el III Congreso Ex-

A este respecto, la propia imagen que los “internacionalistas” construyen de sí mismos en su **Historia del socialismo marxista en la República Argentina** de 1919 (que concluye reclamando a la Internacional socialista los títulos de única sección argentina de la misma), transcrita en la sección documental del volumen de Campione, no exenta de un cierto tono quejumbroso y “defensivo” ante las astutas maniobras y las arbitrariedades de la dirección partidaria para marginarlos, parece abonar la idea de una ruptura percibida a la vez como inevitable y no deseada.⁹

En síntesis, aunque, como señalamos al inicio de esta reseña, estemos aún lejos de avances decisivos en la reconstrucción de la trayectoria de las principales fuerzas políticas de la izquierda argentina del siglo XX, el volumen de Campione, con sus fortalezas y debilidades, se inscribe legítimamente en ese desafío, a la vez historiográfico y político.

Jorge Cernadas
UBA / UNGS

traordinario de abril de 1917, la moción de la minoría “internacionalista” se impone a la de la mayoría justista obteniendo más de 4000 votos de los *delegados* presentes, mientras que en el congreso fundacional del PSI, celebrado sólo 9 meses más tarde (enero de 1918), estuvieron representados 766 *afiliados*.

9 Por ejemplo, cuando afirman, en un manifiesto difundido para desmentir las calumnias de **La Vanguardia**: “[...] *Como nuestros procedimientos son limpios y correctos, el grupo dirigente del partido, que nunca toleró por mucho tiempo ninguna oposición sería dentro del partido, desea eliminarnos de cualquier modo, por inmoral que sea, para asegurarse así el disfrute tranquilo del poder dentro de la agrupación* [...] Hacía tiempo que el C. E. buscaba un pretexto para asestarnos un golpe de muerte. Su falta de escrúpulos y su sagacidad calculadora lo ha encontrado ahora, en vísperas de una doble elección de candidatos, en la fundación de este ‘Comité pro defensa de la resolución del III Congreso Extraordinario’ (p. 93, cursivas en el original). Otro tanto ocurre en un artículo del órgano de los disidentes, **La Internacional** de febrero de 1918, en el que se afirma: “Los parlamentarios socialistas, autores y actores de esta modalidad conciliatoria (...) *han provocado forzosamente la disidencia*; primero en el seno mismo del partido... y finalmente fuera expulsando del partido a los que con el derecho de pensar y de hablar veníamos señalando la desviación y reclamando que el partido no abandonara su principio fundamental” (cit. en p. 46, cursivas nuestras).

A propósito de Marcelo Larraquy, Fuimos soldados. Historia secreta de la contraofensiva montonera, Buenos Aires, Aguilar, 2006, 243 pp.

Si hasta mediados de los ‘90 era difícil encontrar ex militantes dispuestos a relatar sus experiencias de vida al interior de las organizaciones armadas, desde hace ya unos años esta tendencia se ha ido revirtiendo y son cada vez más quienes están prontos a narrar su versión de dicha historia. Los motivos de este cambio van desde los denominados “tiempos de la memoria” hasta las últimas políticas públicas de intervención en torno al pasado reciente.

Sin embargo, y a pesar de la creciente circulación de testimonios sobre los setenta, acerca de esta década —ampliamente caracterizada como violenta— casi no existen estudios que pongan el centro de atención en las organizaciones armadas en general y en Montoneros en particular.

El libro que hoy presenta Marcelo Larraquy, periodista de vasta trayectoria, se inscribe en la línea de los trabajos que se interrogan por lo ocurrido en aquellos años convulsos, y es una muestra más de un foco de interés sostenido que anteriormente dio origen a los libros **Gallimberti. De Perón a Susana, de Montoneros a la CIA** (en coautoría con R. Caballero) y **López Rega. La biografía**.

Esta vez, Larraquy se sumerge en una historia muchas veces nombrada y poco o nada investigada: la contraofensiva montonera llevada adelante en dos etapas, durante 1979 y 1980. Ya el clásico trabajo de Richard Gillespie hacía mención al “desastroso intento de retorno” que desembocaría en la muerte y desaparición de todos los militantes que participaron de este operativo, y aún existiendo alusiones en memorias y testimonios, no había hasta el momento un estudio serio de la contraofensiva. El antecedente inmediato lo constituía el libro de Cristina Zuker, llamado **El tren de la victoria**, y se trataba más de un relato novelado sobre una historia familiar que una investigación precisa sobre este episodio.

Larraquy intenta retomar lo que Zuker había apenas esbozado: la necesidad de “recons-



truir la vida de hombres y mujeres sin historia que habían quedado marginados del canon de la memoria *setentista*" (p. 235).

El libro está dividido en dos partes: la primera de ellas —titulada "Fuimos soldados"— narra con detalles la historia de "Lazarte", un integrante de Montoneros que, habiendo sido expulsado de la organización, pretende que lo reincorporen para matar a los miembros de la Conducción. Esta sección termina cuando Larraquy pierde el rastro de Lazarte y ya no puede seguir reconstruyendo su historia. La segunda parte, llamada "Operación Masacre", narra con minuciosidad los sucesos que formaron parte de la contraofensiva hasta llegar inclusive a los procesos judiciales que juzgan a los responsables de las desapariciones en ese marco y que siguen su curso actualmente en nuestro país.

Si la primera parte tiene un estilo novelado, en donde las peripecias de Lazarte atrapan al lector introduciéndolo en una trama no exenta de condimentos similares a los presentes en las clásicas novelas policiales, la segunda parte pierde ese estilo para recobrar el sello que delata los orígenes de su autor: el periodismo de investigación.

Algunos personajes y hechos de la primera parte aparecen reiterados en la segunda, y es el cambio de protagonistas y de objetivos del autor lo que hace que se muestren diferentes: no ya personajes secundarios de la vida protagónica de Lazarte sino miembros de lo que quedaba de Montoneros para esos años.

Así, en la primera parte el relato no hace mención a fuentes y convoca al lector a una especie de pacto de verosimilitud, en tanto lo emplaza a creer en aquello que se narra, utilizando a la vez como estrategia el contar las propias dudas y cavilaciones de quien reconstruye la historia con fuentes escasas. Dice Larraquy: "Puedo sospechar que Lazarte, incluso en la precisión de su relato, manipuló ciertos hechos (...) pero lo que no puedo objetar es la esencia de la historia, no puedo desconfiar del verdadero sentido de su misión" (p. 31).

En el relato sobre Lazarte aparecen las marcas de lo que interpeló a Larraquy: las

preguntas sobre las razones de este hombre, pero también las preguntas sobre las razones de todos aquellos que emprendieron la contraofensiva. El autor intenta algunas respuestas: "La Contraofensiva era un objetivo colectivo, que ofrecía una oportunidad para toda clase de opciones individuales" (p. 60). Pero también dirá más adelante: "Los soldados que volvieron a la Argentina en 1979 y 1980 ya habían *perdido*. Sólo conservaban su utopía o su locura, que era lo único que podían conservar" (p. 233). Hay algo que permanece enigmático para Larraquy y, por ende, lo será también para el lector que espere encontrar allí explicaciones de una acción semejante.

En la segunda parte el magnetismo que provocaba Lazarte no es remplazado por los nuevos personajes ni por el estilo narrativo adoptado, razón por la cual el ritmo del relato decae. Se trata de una exposición más impersonal, en la que casi no hay cabida para las cavilaciones personales y en donde las marcas del autor son, por lo tanto, menos visibles. Al mismo tiempo, el pacto de verdad se reedita en tanto no hay referencias a fuentes, datos, entrevistas o aparato erudito. Es este uno de los signos más notorios de la distancia establecida entre investigaciones de tipo periodístico y relatos de corte historiográfico y/o académico. El lector debe creer en Larraquy y en la veracidad de los datos que utiliza, sin preguntarse cómo llegaron a ellos o qué grado de autenticidad poseen las fuentes con las que él construyó un relato. En esta dirección, es casi inevitable preguntarse por algunas aseveraciones: así, cuando se afirma "quienes se habían alistado para el combate no habían sentido el peso de la dictadura y no tenían conciencia, porque no lo habían vivido, del poder de destrucción masiva que había ejercido el aparato militar sobre las organizaciones guerrilleras" (p. 158), queda a cuenta del lector imaginar de donde proviene tal declaración: ¿se trata de algún entrevistado para la ocasión? ¿Se trata de una afirmación personal del autor? ¿Son interpretaciones en base a qué fuentes o referencias? Estos datos, que no deben hacerse necesariamente explícitos en una narración como la que aquí se presenta, resultan imprescindibles cuando se trata de un producto de la labor historiadora.

El libro de Larraquy llama la atención sobre algunas cuestiones que invitan a la reflexión. La primera de ellas es la escasa presencia de estudios e investigaciones sobre Montoneros, opuesta casi por completo a la proliferación de libros y testimonios que circulan en la esfera pública. Otro problema lo constituye el hecho del supuesto "olvido" de la militancia setentista, la anterior al golpe y la que se sostuvo paralelamente a éste. Larraquy se sitúa entonces como quien pretende devolver por medio de los actos de investigación y escritura parte de lo perdido u olvidado por las "historias oficiales". En esta dirección, afirma: "...no por sentirme protegido en la *moral media* de la sociedad tenía que dejar a los soldados sin historia" (p. 235). Sus afirmaciones en relación a este tema son un tanto temerarias pero no por ello dejan de constituirse como síntoma de una ausencia.

Un tercer grupo de problemas es el concerniente a los modos en que una sociedad se relaciona con su pasado. En otras palabras, y para el tema que aquí nos ocupa, se trata de pensar por qué ciertos hechos son olvidados o relegados en contraposición a otros que no cesan de hacerse escuchar. En el momento en que Larraquy se pregunta por una de las militantes de la contraofensiva diciendo "¿por qué no se podía decir que era un combatiente?" (p. 237), lo que pierde de vista es que hasta hace poco esto no se podía decir —y en ocasiones ni siquiera *pensar*— de la mayoría de aquellos que él denomina "setentistas". En definitiva, omite preguntarse por los denominados "tiempos de la memoria", que no se sustraen de los ritmos de la sociedad en la labor de apropiación del pasado.

Por último, el libro resulta sugerente para examinar dos problemas diferentes pero de estrecha relación entre sí cuando nos proponemos analizar aquellos años: la responsabilidad y la convicción. Sólo recientemente han comenzado a circular debates sobre estos tópicos.

En conclusión, el libro tiene la virtud de proporcionar una agenda de problemas en relación a Montoneros tanto a lectores avezados como a investigadores interesados en la temática. Ilumina una parte de la historia de nuestro país que no ha

sido aún lo suficientemente explorada. Para quienes pretendan adentrarse en la historia de la organización, se tornará en material de consulta ineludible.

Lucía Brienza
UNR / CONICET

A propósito de Pilar Calveiro,
Política y/o violencia. Una aproximación a la guerrilla de los años '70,
Buenos Aires, Norma, 2005, 189 pp.

Se suele reclamar que la memoria y la historiografía sobre “los años setenta” tienen aún por delante la ineludible tarea de adentrarse con mayor sistematicidad (y, por qué no decirlo, sinceridad e irreverencia) en la dimensión de las responsabilidades colectivas. Este reclamo encuentra su legitimidad en la constatación de una generalización aparentemente inmovible de memorias centradas en las bondades imaginarias de una sociedad poco dispuesta a re-conocerse como parte del horror o en relatos glorificadores de militancias y militantes, relatos que han aprendido a conjugar las figuras del héroe bélico y la de la víctima martirizada.

Es en este escenario que la intervención de Pilar Calveiro (**Política y/o violencia. Una aproximación a la guerrilla de los años '70**, un libro que conforma perfecta familia con **Poder y Desaparición**) adquiere su gran aporte y resalta su valor.

La autora propone un ejercicio de memoria sobre la larga trama histórica que condujo al momento de mayor violencia política en nuestro país y, principalmente, al papel que en ella le cupo a las organizaciones armadas. Entiende que un ejercicio de memoria es, sobre todo, una recuperación de sentido; una operación que capture y reinscriba sentidos pretéritos en contexto de época y abra nuevos futuros. El sentido que se intenta reponer para develar ese terrible pasado es el del vínculo siempre íntimo —se sabe— entre *política y violencia* en los años setenta. Y, anticipado desde el propio título del libro (*política y/o violencia*) se presenta el postulado principal del mismo: aquella intimidad estuvo signada menos por

la tensión y la imbricación que por el desplazamiento de uno de los términos en favor del otro. Es finalmente en la supresión de la política, en su abandono, donde pueden encontrarse las claves de la derrota de las organizaciones revolucionarias armadas. [La misma] “no se debió a un exceso de lo político sino a su carencia. Lo militar y lo organizativo asfixiaron la comprensión y la práctica políticas” (p.23). Dicha carencia no puede ser leída sino en el marco de una larga historia que data, por lo menos, de los años treinta y que la autora se aboca a desentrañar: la del lugar que ocupó la violencia en la dinámica político-institucional de la Argentina. La creciente presencia militar y el recurso a la violencia para imponer desde el poder del Estado aquello que no podía consensuarse a través de la política fueron elementos notables en la paulatina instalación de un *poder desaparecedor*. Dentro de esta secuencia es el golpe de 1966 aquello que, para Calveiro, merece particular interés: es a partir de entonces que las Fuerzas Armadas se constituyeron en el *núcleo mismo del Estado*, reestructurándolo a *imagen y semejanza* y proyectando-imponiendo sobre el campo social los principios y la disciplina controladora del orden cuartelario. La configuración resultante fue la *lógica totalitaria*: el conflicto entendido como guerra, lo *no idéntico* como *enemigo* y, por ende, la resolución del conflicto a través de la aniquilación total del otro. Esta violencia militar “comenzaba a reproducirse y a encontrar respuesta, también violenta” (p. 37) desde otros campos de la sociedad. Las resistencias al poder disciplinador no tardaron en manifestarse. Rebeliones populares, surgimiento y accionar de las organizaciones guerrilleras (que disputaban al Estado nada más y nada menos que el monopolio de la violencia), dan cuenta para Calveiro de una *reaparición*, la de la política: “transmutada en sus formas más radicales” (p. 42). Política “y” violencia: transmutación, continuidad y lazo, al menos por ahora.

Inmersos en un contexto internacional signado por vientos de rebelión y un universo de sentidos también ordenados según la lógica binaria de la guerra, los jóvenes revolucionarios argentinos

aprendieron de la sociedad de la que formaban parte el valor político de la violencia y bajo el influjo del foquismo “militarizaron su prácticas revolucionarias” (p. 130). Pero para la autora, entre el surgimiento de las organizaciones armadas y su derrota final, hubo en aquel vínculo (política y violencia) desplazamiento, reemplazo y supresión: “la lucha armada comenzó siendo la máxima expresión de la política primero, y la política misma más tarde” (p. 129). Centrando su análisis en la experiencia de Montoneros, la autora sitúa el punto de inflexión en 1974 con el pase a la clandestinidad. Y entra en juego entonces, la tesis bastante aceptada —al menos en círculos militantes— pero no tan revisada de un *proceso* de militarización. Calveiro se aventura en sus causas y destaca como vertientes principales e íntimamente entrelazadas: 1) el intento de construir un ejército popular que reuniera las mismas características que el ejército regular; y 2) la escalada represiva que fue “obligando a abandonar un trabajo de base”, trabajo que la autora encuentra “particularmente significativo” (p. 131) en el caso de Montoneros, al menos entre 1972 y 1974. Los “mecanismos políticos, militares y organizativos (...) que asfixiaron la práctica de Montoneros” (p. 144) aportaron el resto. *Atrapados* en estos mecanismos y atravesados por un sistema de creencias que no hacía más que confirmarse a sí mismo (articulado en torno a la certeza en el triunfo inexorable de la revolución) los jóvenes guerrilleros encontraron finalmente su derrota y aniquilamiento.

En la exposición de aquellos últimos mecanismos el texto de Calveiro merece particular reconocimiento, puesto que en momentos tan irreflexivamente amables para la reivindicación autocomplaciente de las experiencias militantes, el análisis y la exposición de lo que en ellas había de autoritario, de gesto represivo, de necedad burocrática y ausencia de pensamiento, no puede menos que festejarse por oportuno y valiente. Pero también, porque es allí donde la autora desliza ciertas apreciaciones e inicia, generosa, recorridos posibles que se abren a otros planteos, abordajes, énfasis e interrogantes.